

Capítulo 84 - - La Plaga - Guía práctica de hechicería [Libros 1-4, actualización 3 de julio]

- Capítulo 84 - - La Plaga - Guía práctica de hechicería [Libros 1-4, actualización 3 de julio]

Capítulo 84 - - La Plaga - Guía práctica de hechicería [Libros 1-4, actualización 3 de julio]

Siobhan

Día 20 del Mes 1, miércoles, 23:20 horas

Siobhan permaneció de pie, contemplando la esfera de hilos similares a una telaraña. Con un horror lejano, se dio cuenta de que los hilos eran de color rojo, rosado y blanco. Los tonos de un interior corporal. Por un momento interminable, pareció que el mundo había quedado detenido.

Todo permanecía en silencio.

Luego, los hilos comenzaron a vibrar suavemente. Su movimiento era delicado, casi imperceptible, pero producía un leve zumbido, como mil violoncellos lejanos tocando la misma nota profunda. Algunos hilos se extendían sobre la pared y el suelo, asemejándose a enredaderas.

Con un respiro repentino que devolvió el movimiento al mundo, Siobhan dio un paso atrás, golpeando la mesa y haciendo que sus patas temblaran sobre el suelo de madera. Su vejiga quiso soltarse por el terror irracional, y apenas logró detenerse a tiempo para no orinarse encima. Sus músculos de las piernas temblaban sin control. Siobhan se apoyó en la mesa para evitar colapsar otra vez.

—¿Qué fue eso? El mundo se rompió, solo por un instante. O mi mente lo hizo —pensó. Lo que fuera que había ocurrido también había afectado a Tanya, pero no a los Morrows.

Tanya yacía en el suelo junto al hombre que había atacado, esforzándose por arrastrarse hasta ponerse de pie.

El Morrow más cercano a lo que alguna vez fue Newton gritó.

No era un grito impulsado por miedo ni una rabiosa expresión de intimidación, sino el alarido irracional y ronco del pánico de un animal nocturno.

Elevó la varita en su mano y lanzó un hechizo de explosión contundente contra el Aberrante. Desde su posición, la explosión habría roto varias costillas humanas, lanzando su cuerpo hacia atrás con tanta fuerza que habría dejado inconsciente contra la pared de ladrillos, e incluso podría haber causado la ruptura de algunos órganos.

La niebla del hechizo cubrió al Aberrante, expandiéndose en ondas contra los hilos vibrantes que contenían su forma, como una cubeta de agua arrojada a un estanque, atravesando y pasando a través, impactando con un sonido sordo en la pared delantera. Los hilos zumbantes se agitaban por la vibración, pero parecían permanecer intactos. En las puntas, dispersos como enredaderas, se retorcían con curiosidad.

El hombre Morrow continuó gritando y lanzando ráfagas de explosión contundente, una tras otra, hasta que los ladrillos de la pared delantera comenzaron a romperse, desplomándose, y las ventanas cubiertas de tablas fueron despejadas por la explosión.

Siobhan se cubrió la boca, conteniendo un sollozo convulsivo que la sacudía con tal fuerza que parecía ahogarse en él.

Los otros Morrows se unieron a la agresión, uno casi alcanzando a Tanya con una bola de fuego mientras esta se arrastraba por el suelo hacia Siobhan.

Las bolas de fuego lograron bastante efecto, quemando y desgastando los hilos color carne del Aberrante, pero sin ser suficientes para prenderle fuego de verdad.

Los hechizos de corte atravesaban los hilos y lograban atravesar la esfera protectora, pero no lograban atravesar completamente la masa hinchada en su interior. Parecían no causarles daños reales. Los hilos brotaban con ramificaciones desde sus extremos cortados, retorciéndose con una curiosidad inquietante.

—¡Mátenlo! —gritó el Jefe. La andanada de hechizos fue suficiente para colapsar una sección grande de la pared delantera contra la cual Newton había apoyado su espalda, haciendo que algunos fragmentos de muebles en llamas cayeran a la calle.

Los Morrows agotaron rápidamente los conjuros ofensivos que habían elegido. Uno o dos a la vez, se detenían para ajustar los settings de sus varitas o cambiar a otro artefacto ofensivo con carga restante. Cada hechizo en un artefacto de múltiples opciones, como las varitas de combate de mayor precio, tenía su propio depósito de energía mágica, por lo que, cuando uno se agotaba, solo les quedaba cambiar a otro. Cuando ya no tenían nada útil, estaban indefensos.

El hombre que primero atacó al Aberrante seguía gritando, con su varita extendida pero vacía de estallidos contundentes, y él también insensible para cambiar a un hechizo nuevo.

Las cuerdas más cercanas a él estaban creciendo en el aire, extendiéndose en un flujo líquido que se endurecía a medida que avanzaba, como una serpiente reptando, y le transmitían a Siobhan una misma sensación de aprensión a medida que se acercaban a él.

No se movía, solo seguía gritando e intentando disparar con su varita vacía.

Por un momento, cuando la primera cuerda tocó su cuello, no sucedió nada. Luego, la piel se hinchó formando una ampolla, como un capullo en crecimiento.

El capullo germinó.

El cuello del hombre se desenredó, hebras de su carne y sangre se elevaron y se separaron del resto de su cuerpo, como si él hubiera estado formado por millones de cuerdas apretadas desde siempre. Por un momento, se pudo ver el interior de su garganta, y luego sus gritos se ahogaron a medida que las hebras continuaban extendiéndose, su cuerpo deshaciendo lentamente, como una flor humana de hilos que se despliega al viento.

Las Morrows restantes se dispersaron y retrocedieron hacia el fondo de la sala, chocando sin cuidado con los muebles de madera expuestos, su horror palpable. Uno de ellos empezó a sollozar, con el brazo temblando tanto que sus hechizos cortantes pasaban inofensivamente junto al Aberrante y desaparecían en la niebla fuera de la pared frontal.

Siobhan dio un paso hacia atrás, con los ojos abiertos al máximo, la mano sobre la boca para contener el grito.

Aún arrastrándose, Tanya sujetó el borde del manto de Siobhan.

Siobhan miró hacia abajo, al rostro desesperado de Tanya.

—Ayúdame. Sálvame. Por favor —farfulló Tanya.

Sus palabras eran ridículas, un signo de desesperación que llevó a la otra mujer a buscar cualquier esperanza débil que pudiera encontrar, pero aún así actuaron como un impactante chapuzón de agua fría que despertó a Siobhan de su estupefacción horrorizada. Ella se agachó, sujetando el brazo de Tanya y ayudándola a ponerse de pie. Sobre la cabeza de Tanya, sus ojos se movieron rápidamente, catalogando la situación y las opciones que tenían.

Newton había estado cerca de la puerta principal del comercio cuando perdió el control, y ahora faltaba por completo una sección de la pared, pero no podían escapar por allí, ya que sus tentáculos seguían extendiéndose. Había un par de ventanas tapiadas en el extremo opuesto de la pared frontal, pero las cuerdas ya estaban creciendo en dirección a ellas, y para cuando ella y Tanya lograsen romper las tablas, probablemente ya habrían llegado a las ventanas.

Los Morrows se interponían entre ellas y la escalera que conducía a la planta superior.

Detrás de ellas estaba la puerta a la otra habitación.

—Vamos —ordenó Siobhan, con una voz apenas audible por encima de los gritos y los hechizos de batalla. Sosteniendo todavía el brazo de Tanya, la arrastró alrededor de la mesa, atravesando los muebles hacia la puerta más lejana. "Quizá haya una ventana por la que podamos escapar".

Ella tiró de la manilla. Estaba con llave. Contuvo un gemido de frustración, el cuello erizado por la tensión mientras imaginaba las cuerdas tejiéndose en el aire, buscando su presencia. «¿Podré abrir

la puerta con unos pocos patadas? Si tuviera mi bolso, mis suministros, sería fácil abrirla». Siobhan aún conservaba varios instrumentos de escritura y, aunque no tenía su linterna, podía usar el calor del aire para activar el hechizo... pero la carencia de componentes adecuados dificultaría mucho más la tarea.

Ella observó a Tanya, quien temblaba, con los labios pálidos y apretados. La otra mujer aún debía tener todos sus suministros, incluyendo un núcleo de bestia útil y lo que fuera que hubiera estado llevando. "Abre la puerta", le ordenó Siobhan, volteándose para enfrentar de nuevo la habitación. Tanya era estudiante de cuarto semestre en la universidad. De todos modos, sería más rápida que Siobhan.

"De-acuerdo", tartamudeó Tanya desde detrás de ella.

El Morrow que había sido absorbido por el Aberrante estaba completamente con vida ya, el doble golpe de un latido de corazón se extendía por su masa vibrante y hueca, y sus propias tentáculos buscadores se extendían ya hacia los otros Morrows.

Le recordaba a Siobhan a un hongo, extendiéndose, sembrando y brotando más de sí mismo. Este era el tipo de Aberrante que la Guardia Roja etiquetaba como un tipo Plaga. Si se les permitía descontrolarse, podrían causar una devastación verdadera.

El jefe se había calmado y empezaba a dar órdenes. Él y dos de los otros estaban moviendo los muebles para formar una barricada en medio de la habitación, tratando de bloquear las cadenas de Newton y a su camarada absorbido.

La que llamaban Dedos Pegajosos, la que había disparado a Siobhan, aún permanecía en el piso, inconsciente e intacta, del lado equivocado de la barricada, pero parecía que ya habían perdido la esperanza por ella. La sangre se acumulaba alrededor de su cabeza, por lo que Tanya había hecho.

Los Morrows restantes habían optado por conjuros de aturdimiento, conservando sus cargas, lanzando solo un hechizo a la vez.

Fue lo primero que realmente pareció tener un efecto en el Aberrante. Donde los hechizos rojos chisporroteaban, las cadenas se detenían en un radio de unos metros, silenciando su zumbido y frenando su crecimiento inexorable. Los Morrows aprovechaban este tiempo para fortalecer la barricada.

Pero las cadenas no solo estaban creciendo en el aire. También se extendían a lo largo de la oscuridad de la pared lejana e incluso hacia arriba, en dirección al techo alto. La barricada de los Morrows no los salvaría.

Uno de los Morrows había subido los escalones hasta la puerta al fondo de la habitación y le daba patadas, sin duda con la esperanza de abrir una salida, igual que Siobhan y Tanya. Cada patada venía precedida por un grito fuerte, como si el hombre pensara que eso le daría más fuerza, y las cadenas que crecían a lo largo de la pared parecían acelerarse en respuesta a ese sonido desesperado.

Los notó, gritó nuevamente y se lanzó hacia el centro de la habitación.

Las cadenas se soltaron de la pared lejana, regresando por donde habían llegado, siguiéndolo. Él siguió gritando, señalando sin palabras las cadenas que ahora avanzaban hacia ellos, no solo desde el frente, sino también desde el lateral de la habitación.

Detrás de Siobhan, Tanya soltó un suspiro de alivio cuando el cerrojo hizo clic y la puerta se abrió hacia adentro.

Un vistazo rápido fue suficiente para que Siobhan se diera cuenta de que no habría escapatoria de esa habitación. Era un armario de almacenamiento, lleno de herramientas, madera y suministros en cajas y estantes. No había ventana, solo muros de ladrillo.

Cuando ambas estuvieron dentro, Tanya intentó cerrar la puerta, pero Siobhan negó con la cabeza. Una puerta cerrada no detendría las cadenas. Podrían deslizarse por las grietas. Era mejor poder ver lo que sucedía.

El hombre que había estado intentando abrir corriendo la puerta trasera de la tienda se calmó lo suficiente para apuntar su varita y lanzar dos hechizos de aturdimiento, que detuvieron por completo las cadenas que se acercaban a él. Se quedó en silencio, con los ojos abiertos, respirando con dificultad, y de repente saltó como si un avispa lo hubiera picado.

Miró con horror algo que Siobhan no podía ver.

Ella podía intuir lo que había ocurrido, sin embargo. Uno de los hilos se había deslizado por la barricada y tocado su pierna o pie.

Intentó correr, pero tropezó. Poco después —más rápido esta vez que con la primera víctima— empezó a desenredarse, una pierna desplegándose en una nube amorfa de hilos de color carne.

Siobhan se arremangó, eligió la pulsera correcta por el hilo de color atado a ella, y la rompió con decisión, empujando los restos ahora sueltos en su bolsillo. No diría a Oliver dónde estaba, pero él sabría que algo había salido mal y que ella corría peligro inmediato. Escogió la siguiente pulsera por el patrón y color del hilo que había atado a ella. Se la deslizó sin romper, y, apuntando con mucho cuidado, la arrojó por la ventana hacia la calle neblinosa con toda su fuerza.

Nunca pensó que acabaría en una situación como esta, pero ella y Oliver habían acordado qué hacer en una emergencia extrema. Él lanzaría una adivinación usando el par de la pulsera que acababa de tirar, y mientras el objetivo estuviera lo suficientemente lejos para que su protección adivinatoria no actuara bloqueándola, él la encontraría. Ella esperaba.

Los Morrows entendieron la situación. Un par de hechizos de aturdimiento dejaron inconsciente a la última víctima, ralentizando los hilos que brotaban de su cuerpo. Desafortunadamente, pronto bloquearían el acceso a la puerta trasera.

Bulldog, el hombre corpulento con mejillas prominentes, la notó de pie en la puerta del armario de almacenamiento. Señaló en su dirección y el Jefe dudó, mirando a su alrededor en busca de otra

opción, pero sin encontrar ninguna, asintió con la cabeza.

Los otros tres Morrows comenzaron a dirigirse hacia Siobhan y Tanya, navegando entre los muebles volcados.

El más joven, que había comenzado a llorar —a quien Siobhan apodó Sniffles—, sostenía una lámpara para vigilar en busca de hilos que se escondieran en las sombras y esperaran para tocarlos.

Los hilos del núcleo original del Aberrante ya habían alcanzado a Sticky Fingers. Se arrastraban sobre él en varias zonas, pero aún era humano. Siobhan se preguntó un momento si había muerto y los hilos solo se arraigaban en carne viva, pero su pecho subía y bajaba levemente.

Siobhan exhaló un suspiro profundo y tembloroso al comprender la situación. “El Aberrante lo está ignorando.”

Los otros tres Morrows se acercaban más a ella y, al empujar un armario caído con un chirrido ruidoso en el suelo, los hilos cercanos comenzaron a crecer en su dirección.

“¡Lady Raven Queen, le suplicamos su perdón!” gritó el Jefe al acercarse. “Por favor, protección, le daremos todo lo que quiera—”

La mano de Siobhan se alzó en una forma de detenerlo, y él se detuvo en medio del paso, los dos detrás de él tropezando un poco por la parada inesperada. Ella levantó lentamente su dedo índice, haciendo un gesto en señal de silencio, y lo señaló a sus labios. Con su otra mano, apuntó a lo que una vez fue Newton, y luego tocó su oído. “Puede escucharte,” improvisó en silencio.